

## Espiritualidad

### “La oración”

#### ¿Qué es la oración?

La oración es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada. Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios. Podemos decir que la oración **es sentir con el corazón de Dios, palpar en ese corazón lleno de misericordia, ternura, amor...etc.**

En este sentido la oración transforma la vida, la descoloca, la trastoca, ya que, si tu corazón palpita en el corazón de Jesús, no puedes quedar ajeno a todo lo que acontece a tu alrededor; la oración transforma, cambia, convierte, propone nuevas maneras de vivir la fe, la esperanza, la caridad...etc.

#### Las necesidades de la oración: fortalecer la fe

La fe es tener las **dos manos levantadas**, una voz que clama para implorar el don de la salvación. El Catecismo afirma que «la humildad es la base de la oración» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2559).

La oración nace de la tierra, del humus —del que deriva “humilde”, “humildad”—; viene de nuestro estado de precariedad, de nuestra constante sed de Dios (Catecismo de la Iglesia Católica 2560-2561).

La fe es una **protesta contra una condición dolorosa** de la cual no entendemos la razón; la no fe es limitarse a sufrir una situación a la cual nos hemos adaptado. La fe es la esperanza de ser salvado; la no fe es acostumbrarse al mal que nos oprime y seguir así.

#### *Para profundizar en esta semana*

#### Desde las catequesis del Papa Francisco sobre la oración

Leamos la historia de Bartimeo, un personaje del Evangelio (Mc 10,46-52).

Era ciego y se sentaba a mendigar al borde del camino en las afueras de su ciudad, Jericó. No es un personaje anónimo, tiene un rostro, un nombre: Bartimeo, es decir, “hijo de Timeo”. Un día oye que Jesús pasaría por allí. Efectivamente, Jericó era un cruce de caminos de personas, continuamente atravesada por peregrinos y mercaderes. Entonces Bartimeo se pone a la espera: hará todo lo posible para encontrar a Jesús. Mucha gente hacía lo mismo, recordemos a Zaqueo, que se subió a un árbol. Muchos querían ver a Jesús, él también. Este hombre entra, pues, en los Evangelios como una voz que grita a pleno pulmón. No ve; no sabe si Jesús está cerca o lejos, pero lo siente, lo percibe por la multitud, que en un momento dado aumenta y se avecina... Pero está completamente solo, y a nadie le importa. ¿Y qué hace Bartimeo? Grita. Y sigue gritando. Utiliza la única arma que tiene: su voz. Empieza a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (Mc 10,47).

Y sigue así, gritando. Sus gritos repetidos molestan, no resultan educados, y muchos le reprenden, le dicen que se calle. “Pero sé educado, ¡no hagas eso!”. Pero Bartimeo no se calla, al contrario, grita todavía más fuerte: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (Mc 10,47).

Esa testarudez tan hermosa de los que buscan una gracia y llaman, llaman a la puerta del corazón de Dios. Él grita, llama. Esa frase: “Hijo de David”, es muy importante, significa “el Mesías” —confiesa al Mesías—, es una profesión de fe que sale de la boca de ese hombre despreciado por todos. Y Jesús escucha su

grito. La plegaria de Bartimeo toca su corazón, el corazón de Dios, y las puertas de la salvación se abren para él. Jesús lo manda a llamar. Él se levanta de un brinco y los que antes le decían que se callara ahora lo conducen al Maestro. Jesús le habla, le pide que exprese su deseo —esto es importante— y entonces el grito se convierte en una petición: “¡Haz que recobre la vista!”. (cf. Mc 10,51).

Jesús le dice: «Vete, tu fe te ha salvado» (Mc 10,52). Le reconoce a ese hombre pobre, inerme y despreciado todo el poder de su fe, que atrae la misericordia y el poder de Dios.

### **Reflexión personal**

¿Tu oración, nace desde tu propia situación personal?

¿Te identificas con el personaje de la cita bíblica?

### **Ora con este canto: Quebrántame**

<https://www.youtube.com/watch?v=f8g95FhTsYU>